

El viaje de los Reyes a la India

La visita de Sus Majestades los Reyes a la India se inscribe dentro de una política de gran horizonte diseñada para el restablecimiento de la presencia de España en el mundo. La figura de Don Juan Carlos tiene en todo el mundo una proyección y prestigio que excede lo habitual en los meros Jefes de Estado. Y escribo meros Jefes de Estado porque comparto la tesis de Julián Marías de que el Rey de España es más, mucho más, que el Jefe del Estado español: es la cabeza de la Nación española, y, de hecho, así se le siente y estima dentro y fuera de nuestras fronteras.

La presencia del Rey de España en la India ha significado bastante más que un viaje político en la acepción convencional del término. La presencia de Don Juan Carlos en la India ha simbolizado el encuentro entre dos gigantes culturas: la hispánica y la indostánica, que han configurado formas de vida humana ejemplares de un pasado formidable y de un porvenir e influencia que permiten abrigar la esperanza racional de que el futuro del mundo sea algo más que un estúpido mecanismo de confrontación entre civilizaciones mineralizadas, deshumanizadas, en que crecientemente el individuo no es más que un número, el de su renta *per capita* o el de la potencia de fuego ca-

paz de disparar contra su adversario. El Rey de España, en su discurso de contestación al de bienvenida del presidente indio en el aeropuerto de Delhi, subrayó las posibilidades de relación entre las dos grandes culturas: «Aunque separados por la distancia y enmarcados nuestros respectivos países por imperativos de la geografía y la historia, en distintos contextos culturales, comparten España y la India la creencia profunda en unos mismos valores de índole moral, social y política.» No se olvide que la India es la democracia parlamentaria —es decir, la única democracia válida— más populosa con mucho del mundo, incrustada además en una parte del planeta en la que los totalitarismos de toda laya trazan un ominoso panorama del destino humano en el continente asiático. Y para los indios, la experiencia democrática española es una realidad pujante, renovadora y auténtica que despierta la admiración e incluso la emulación en un país en que la democracia es también muy joven y está sometida a graves riesgos. El presidente indio Reddy reconoció su interés por la experiencia política española en estos términos: «Como país democrático, nosotros, en la India, hemos seguido con gran interés y admiración el audaz y dinámico proceso que España, bajo Vuestra di-

rección, ha emprendido hacia el sistema democrático de gobierno. Nuestros dos pueblos están unidos por su respeto hacia los valores y las instituciones democráticas.»

Pero las referencias hacia los valores comunes de España y la India fueron, naturalmente, más allá de lo inmediato y coyuntural de sus respectivas organizaciones políticas, y se proyectaron hacia ámbitos históricos más globalizadores. El presidente Reddy lo subrayó con estas palabras en el discurso de bienvenida: «En los siglos pasados (*in the centuries that have gone by*), España y la India trascendieron sus fronteras y llevaron su lengua y su cultura a países distantes y, en Vuestro caso, a un nuevo continente. Es digno de destacar que, a pesar de los turbulentos cambios políticos y económicos de los tiempos modernos, estos valores culturales, que empaparon hace mucho tiempo las nuevas tierras, echaron raíces y forman parte de diversas y florecientes naciones. Este interesante paralelismo —añadió Reddy— trae a mi mente la necesidad de que España y la India se conozcan mutuamente mejor y de que cooperen no sólo en el ámbito bilateral, sino también en horizontes más amplios y en diferentes lugares.» La India —y esto es fácil advertirlo— está intensa y conscientemente interesada en ampliar al máximo sus relaciones con el mundo hispánico, y sabe muy bien que España es la Plaza Mayor de ese universo humano de fantástico porvenir en la marcha de los asuntos mundiales. Sin embargo, la difusión de la lengua española está reducida al mínimo, muy por debajo de los principales idiomas europeos. Durante la visita de los Reyes se firmó un convenio cultural hispano-indio para la promoción de la enseñanza de nuestra lengua.

En algún diario de Madrid he leído que> «respecto a este viaje, habrá que

esperar algún tiempo para ver si produce algunos resultados concretos en las relaciones entre los dos países». A mí este análisis me parece alicorto, de un practicismo —que no pragmatismo— estrecho y falto de una perspectiva real de lo que ha supuesto la presencia oficial de los Reyes de España en la India. La propia primera ministra Indira Gandhi, al pedírsele en una conferencia de prensa que hiciera una valoración de la visita real, subrayó que su importancia derivaba no sólo, ni siquiera principalmente, de los contactos oficiales habidos, sino de haber suscitado en el pueblo indio la curiosidad, la simpatía y el acercamiento hacia la lejana Nación española representada por su Rey.

No sé si en España se habrá valorado la deferencia que ha supuesto la presencia de Don Juan Carlos como invitado de honor en la celebración de la fiesta nacional de la India el Día de la República, en que se conmemora la puesta en vigor de la Constitución de la nueva India independiente. Una muchedumbre de centenares de miles de personas se apelotonaba en las dos riberas de la inmensa Raj Path, desde el Palacio Presidencial hasta el arco de triunfo India Gate, y pudo presenciar la preeminencia que se le otorgó a Don Juan Carlos en la gran parada cívico-militar del Día Nacional. El Rey de España, vestido de uniforme de gala de capitán general del Ejército español, llegó a la tribuna en carroza, acompañado por el Presidente indio en medio del clamor popular. Por los altavoces se ofrecía a la multitud información sobre España, nuestro sistema democrático y el decisivo papel que, tras la muerte de Franco, había desempeñado Don Juan Carlos en el cambio de régimen, cuya gradualidad y afianzamiento despierta la admiración de los comentaristas políticos de Nueva Delhi,

según pudimos comprobar en la prensa de aquellos días.

La parada fue impresionante por su vistosidad, su colorido y por la enorme participación popular. Desde primerísimas horas de la mañana, riadas humanas de todas las edades, ataviadas con los atuendos más diversos, afluyeron incesantes hacia el escenario de la gran parada tras largas caminatas a través de las increíblemente espaciosas avenidas de Nueva Delhi, tan parecidas en su perspectiva urbana, aunque ya sea un tópico decirlo, a las del París de Haussmann y a Washington. Allí estaba la India moderna, una nación pujante en marcha que hunde sus raíces culturales en un pasado que se remonta a más de dos mil años.

La conexión entre el pasado y el presente se articula en la India de un modo peculiar y sugestivo que sorprende al visitante occidental. En la India, el pasado y el presente existen simultáneamente; es decir, el pasado no es arcaísmo, sino presencia viva. La India es un país que hay que descubrir personalmente; es una experiencia que es preciso vivir: nos fascina y nos abruma por su atractivo y complejidad, pero no nos deja nunca indiferentes. Para muchos visitantes apresurados, lo único que les resulta visible es la atroz indigencia y miseria de las masas indias. Y si es un visitante «leído», en seguida nos espantará los correspondientes datos socioeconómicos: de una población de unos 680 millones de habitantes, la población activa sólo asciende a 193 millones. Los indicadores del nivel de vida por 1.000 habitantes son bajísimos: vehículos, 1,2; teléfonos, 4,0; televisores, 0,6; médicos, 0,28. Pero reducir la India a sólo un estado general de pobreza es una estúpida simplificación; son ganas de no entender nada. La primera impresión que recibe el viajero es la de encontrarse con una cultura realmente viva,

que sostiene eficazmente a los indios en su existencia con un vigor y una alegría inesperados. Nunca he recibido como en la India la impresión de una aceptación tan alegre del destino humano. Quizá el secreto esté en la perfecta fusión del pasado y el presente en el alma india, que le presta una fuerza y un encanto singulares. El Rey Don Juan Carlos, en uno de sus discursos, dijo con acierto que la India está pasando a la era tecnológica (energía nuclear, satélites de comunicación, electrónica, informática) «sin olvidar su personalidad y sus permanentes valores espirituales». Nos encontramos con una India en la que conviven la alta tecnología y las más antiguas tradiciones.

Si uno llega a la India con los ojos bien abiertos, advierte pronto, por debajo de las apariencias más aparatosas, una cultura en la que la culpabilidad no ocupa el lugar destacado que en Occidente. En la India, Freud no hubiera podido escribir su célebre ensayo *El malestar en la cultura*. Hay una general aceptación del destino propio. Los que viven en la opulencia no sienten eso que llamamos aquí complejo de culpabilidad al contemplar la extrema indigencia de las masas que los rodean. Los más desgraciados asumen su condición, y más que lamentarse —autocastigarse encima—, pugnan por sobrellevar su infortunio. Este sentido de la vida hunde sus raíces en el hinduismo y se ha convertido en un temple o talante existencial, una forma de ser, incorporado irreversiblemente a la conciencia del pueblo indio. Allí opera todavía con fuerza extraordinaria la noción del karma: con nuestras acciones, buenas o malas, vamos transformando el mecanismo de nuestra personalidad, que influirá en el carácter de nuestros próximos actos y también configurando la ley que fatalmente rige nuestra herencia moral.

La gran parada del Día de la República mostró la cara de la India más modernizada. El poder político sigue desde la independencia, y con una pequeña interrupción en manos del Partido del Congreso, cuyos máximos dirigentes —desde el inolvidable Pandit Nehrū— se educaron en Occidente y están imbuidos de un propósito claro de progresismo social reformista. Los problemas para la estabilización del Estado indio —la Unión India la integran veintinueve estados federados y nueve territorios— son enormes. En la conversación que durante más de una hora mantuvieron Don Juan Carlos e Indira, ésta le explicó al Rey las dificultades que encuentra para mantener cohesionado su país, y se mostró muy interesada por la puesta en marcha en España del Estado de las Autonomías. Indira está preocupada por las indeseables tendencias antagónicas que amenazan al país: la atomización o el centralismo uniformador impuesto desde Nueva Delhi. Pienso que la propia Indira, durante su primer mandato, se dejó llevar por la segunda de estas tentaciones, como documentó en su momento Jean-François Revel en su libro *La tentación totalitaria*. Lo pagó caro; perdió el poder e incluso fue encarcelada. Ahora parece vacunada contra sus anteriores excesos y piensa que la viabilidad de la Unión India pasa por la articulación de su variada realidad en flexibles e imaginativas formas políticas. La influencia británica en la India perdura especialmente en el Ejército y la Administración. Comparto la sospecha de Julián Marías —que manifiesta en su *Imagen de la India*— de que los británicos han sido los visigodos de la India, es decir, sus vertebradores. Además han dejado tras sí una herencia inapreciable: la lengua inglesa, verdadero instrumento de cohesión en un inmenso país con 34 idiomas oficiales en las diversas regiones y centena-

res de dialectos. Además de factor de cohesión entre todos los indios, el inglés es un elemento fundamental en el proceso de modernización del país, y permite una fácil comunicación con el exterior, dado el carácter de lengua franca que en nuestro tiempo ha adquirido este idioma.

Durante su estancia oficial en la India, el Rey Don Juan Carlos expuso en discursos públicos y privados los parámetros reales de la política exterior de España sin incurrir —como algunos políticos españoles recientes— en la tontería oportunista de simular posturas tercermundistas o no alineadas. En su discurso de llegada al aeropuerto de Delhi, Don Juan Carlos proclamó sin ambages la condición europea y occidental de España, y que «consecuentemente España ha optado por su plena incorporación a las instituciones europeas y occidentales». El Rey agregó, no obstante, que nuestro país tiene otras dimensiones específicas que enriquecen nuestra posición en el mundo: nuestra proyección hispánica, la vecindad con África y nuestras seculares relaciones con el mundo árabe. Estas últimas son valoradas muy positivamente por las autoridades de Nueva Delhi, que tienen un interés muy vivo en normalizar sus relaciones con Pakistán por varias razones convergentes; una de ellas, nada despreciable, es que el 11 por 100 de su población profesa el islamismo. Por aquellos días se iniciaron con buen augurio en Nueva Delhi conversaciones para llegar a un pacto de no agresión indo-pakistaní. La partición de la India es el gran drama histórico de este subcontinente, y está vivísimo en la conciencia de sus gentes. En todas las ciudades importantes de la India se anuncia la inminente aparición del libro *Mounthbatten and the partition of India*, de Dominique Lapierre y Larry Collins, en el que al parecer se contiene documentación inédita sobre

las causas y acontecimientos que provocaron el drama de la partición, que ha tenido muy largas consecuencias en el destino de Asia. Piénsese, por ejemplo, en la atroz anomalía que supone la inversión de alianzas en la zona con un pacto de amistad entre la gran democracia india —foco intenso de espiritualidad pluralista— con el poder totalitario soviético.

Madras, última etapa del viaje real. Una India diferente a la de la región de Delhi, pero no distinta. La esencial unidad de la India se manifiesta en que sus partes no son idénticas pero convergen en una misteriosa y enriquecida mismidad. En Madras la estancia de los Reyes tuvo un marcado carácter cultural. Importante centro mercantil, es al mismo tiempo tierra de genuina espiritualidad, que encuentra su expresión acabada en piedra monumental, música y religión. La Reina visitó los más destacados monumentos de la zona. Doña Sofía está vinculada por su familia a Madras: allí murió su madre Doña Federica y allí reside su hermana la princesa doña Irene. La propia Doña Sofía está muy interesada por la cultura india: en Madras hizo la presentación de un libro de un conocido pensador hindú, el profesor Mahadevan.

La llegada a Madras de los Reyes, ya en visita privada, tuvo en el aeropuerto un desarrollo muy emotivo, al acudir a recibirlos un nutrido grupo de misioneros españoles radicados en el sur de la India. Realmente la máxima presencia humana española en la India en estos momentos es la de estos misioneros que realizan su labor evangélica y asistencial en los estados de Andra Pradesh, Karnataka, Kerala, Tamil Nadu y el territorio de Pondichery. Aunque los cristianos, que se aproximan ya a los veinte millones de fieles, son considerados todavía como extranjeros, uno de ellos me manifestó con orgullo que la tradición cristiana es

antigua en la India, aunque minoritaria. En el siglo i el apóstol Santo Tomás vino en misión evangélica a Madras, en cuyas proximidades murió mártir; en el siglo v se estableció en el sur del Dekán un grupo de nestorianos greco-sirios, y en el siglo xvi el cristianismo experimentó un impulso evangelizador considerable con San Francisco Javier.

Desde Madras el Rey Don Juan Carlos se dio un salto a Bangalore —menos de una hora de avión—, conocida como la *garden tity* de la India, una verdadera delicia urbana. Allí, en Bangalore, el Rey visitó una fábrica de componentes electrónicos y la Universidad Agrícola. En la fábrica electrónica Don Juan Carlos pudo comprobar la estrategia industrial de la India, que ha optado por las tecnologías más rápidas y ágiles para ahorrarse los costos de la industrialización tradicional. Los indios han aprendido del fracaso de dos décadas de industrialización masiva fundada en la industria pesada según el modelo soviético, que tan falaz fascinación ejerció sobre las nuevas naciones afroasiáticas tras la descolonización. En la Universidad Agrícola se le explicaron las investigaciones en curso para mejorar la rentabilidad del campo en aquella región. En el sector agrario la India aspira a convertirse en una potencia (*to become a food power* es la consigna) mediante una racional aplicación de la tecnología moderna. Este inmenso país dispone de unos 250 millones de hectáreas cultivables, casi un once por ciento del total mundial; en los próximos diez años aspira a incrementar en un treinta por ciento sus tierras de regadío, con lo que llegaría a convertirse en exportador de cereales y otros productos agrarios.

En Madras los Reyes visitaron un centro de investigación oftalmológica. Los ojos de los indios —tan bellos, penetrantes y expresivos— tienen muchos

padecimientos a causa de las bajas condiciones sanitarias. «Los ojos de los indios —escribe Julián Marías en su *Imagen de la India*— son negros, duelen de negros, con un negror que a veces se derrama y sugiere lágrimas. Pero son claros, tienen claridad, luz interna y son transparentes. Miran activamente, con curiosidad frenada, acusan recibo de la imagen que les llega... (En la India) los ojos siempre encuentran respuesta, y —hay que decirlo— ésta es amistosa.» Todo esto que escribe Marías es verdad. Pero son igualmente ciertas y representativas estas escalofriantes estadísticas: en la India hay casi ocho millones de ciegos; ciento cincuenta de cada mil habitantes mayores de sesenta años han perdido totalmente la vista; están registrados

unos 400.000 niños invidentes menores de siete años. Este sobrecogedor contraste refleja las dos caras de la moneda, el filo de navaja por donde discurre el destino del pueblo indio.

Cuando ya desde el aeropuerto de Madras emprendíamos el largo vuelo de regreso a España, experimenté una dulce melancolía al mismo tiempo que una frenada emoción: la India se me había filtrado en el corazón y en la mente. El viaje había sido una inolvidable experiencia existencial, al tiempo que me había ofrecido la oportunidad de dar testimonio periodístico de la culminación del proceso de aproximación entre la India y la España actuales.

P.F.*

* 1939. Periodista.